

Q. A. R. T. A. D.

DE UN LEON

UNO DE LOS SUBSCRIBORES

A LA REIMPRESION

DE LAS CARTAS PROVINCIALES

DE PASCAL

De bonne foi; est ce par la suite des lettres provinciales qu'on doit juger de leur morale (nos témoins) — VOLTAIRE



MEXICO 1842

IMPRESA DE LUIS AGUIRRE Y VALDES

ESCALERAS MEXICO 18

De Leon, á 27 de Junio de 1842.

Seria muy laudable, mi querido amigo, el vivo deseo que U. ha tenido (segun me dice) de instruirse en los escritos, que por el nombre célebre de sus autores, llaman la atencion y excitan la curiosidad del público, si mereciesen al mismo tiempo la aprobacion de nuestros Prelados eclesiásticos, á quienes toca exclusivamente como Pastores, no dár á sus ovejas mas que el grano saludable de la buena doctrina; pero ¿quién no calificaría de temerario tal deseo si naciese unicamente de la novedad con que se anuncia una obra, por los elogios que se prodigan á la claridad de su método y hermosura de su estilo, cuando se sabe por otra parte, que la Iglesia la ha reprobado? Asi es que yo, amigo mio, sin hacer traicion á nuestra sincera amistad, no puedo aprobar en manera alguna, el aprecio con que ha visto y el gusto con que lee las *cartas provinciales* de Pascál. Estas han sido reprobadas por la santa Sede casi desde la primera vez que vieron la luz pública, y el católico que no ignora la censura que justamente las ha condenado; si con desprecio de ella, y á pesar de sus repetidas prohibiciones se determina á leerlas, comete un crimen. Mas como yo me persuado que U. acata, como es justo, la autoridad venerable de nuestro supremo Pastor, creo que no se habría resuelto á subscribirse, ni á leer dichas cartas, si hubiera tenido ántes la noticia de su prohibicion. Por esto al contestar la de U. debo manifestarle, cuales fueron desde su origen los fines que el autor se propuso al publicárlas, y la crítica juiciosa que de ellas ha hecho Berault Bercastel en su *Historia Eclesiastica*,

Port-Royal, amigo mio, fué el principal taller de aquellos escritores, que trabajaban continuamente en propagar las opiniones de Jansenio. Allí se reunieron Antonio Arnaldo, Andilly, Nicolás, Lancelot, Torneaux y Blas Pascál, los que con otros muchos del partido habian osado, no solo eludir bajo de mil formas y capciosos pretextos, sino declararse abiertamente contra las decisiones y censuras, con que la santa Sede trabajaba en sufocar las perversas proposiciones de Jansenio y de Quesnél. Este parage fué la oficina en que se fraguaron todas las armas, que astutamente han manejado los Jansenistas en defensa de su secta.

Es verdad que publicaron los más sabios del partido una multitud de obras bien meditadas, escritas con delicadeza, de un estilo claro y acomodado siempre al asunto, de un orden fácil y un método natural, en una palabra, obras dignas del buen gusto, fecundas e ingeniosas; pero las más con el depravado designio de inducir á sus lectores insensiblemente, á que mirasen como sanas y ortodoxas las cinco proposiciones condenadas del *Augustinus* de Jansenio. Sin embargo se advierte al leerlas, aquel vacío que el corazón siempre experimenta, cuando un escrito carece de aquella unción, que el espíritu de Dios comunica á la piadosa y sana doctrina de un escritor ortodoxo. En estas obras se notaba por el contrario el espíritu de indocilidad y de error, que dirigia la pluma de sus autores: tanto, que los mismos del partido conocieron en parte este defecto: y para remediarlo, meditaron publicar otras obras en un estilo que pudiese interesar el gusto de sus lectores.

Blas Pascál, que desde sus primeros años habia hecho raros progresos en las matemáticas, se retiró á Port-Royal, cuando se proyectaba sostener la doctrina de Jansenio con escritos de esta clase, en los que con mayor furor se pretendia desacreditar á los Jesuitas, suscitando aquellas disputas con que lograron disminuir la alta estimación y concepto, que su literatura les habia adquiri-

do: y asociado á los demás gefes del partido, escribió con este objeto sus famosas *cartas provinciales*. La pureza de su lenguaje francés, la belleza de su estilo, la fuerza y brillantéz de sus expresiones y la finura con que tan diestramente manejaba la sátira, lograron al fin, (no obstante la impostura y mala fé, que no es difícil notar en ellas,) aumentar considerablemente el número de contrarios al Instituto de la Compañía de Jesus. De este modo, casi sin advertirlo, se propagaban el error de Jansenio y las absurdas opiniones del Abate de San Cirán.

Así, amigo mio, aquellos sabios con la investidura de solitarios fervorosos de Port-Royal, eran (dice Berault) los que mostraban más ardor en acreditar la doctrina condenada por el Vicario de Jesucristo, y por los demás sucesores de los Apóstoles.

Cuando Pascál fué elegido por la sociedad para desempeñar el plan que habian formado, quiso substituir la farsa en lugar de la controversia, y hacer que de este modo se declarase á su favor la gente de genio alegre. Lo consiguió completamente con las diez y ocho cartas llamadas *provinciales*, porque las diez primeras fueron dirigidas á un habitante de provincia, á saber, á Mr. Perrier, Consejero del tribunal de subsidios en Clermont, Ciudad de la Auvernia.

Si el éxito de las cuatro primeras fué grande, el de las siguientes excedió aun á lo que esperaba de ellas el partido, á excepcion de las últimas que son más serias; y por otra parte están llenas de injurias, que solo pueden interesar á una malignidad detestable y grosera. Las tres primeras y las dos últimas son unas apologías manifiestas del Jansenismo y de los Jansenistas. El principal objeto de la primera es justificar la proposición de Arnaldo, acerca del pecado de S. Pedro, y ridiculizar la doctrina de la Sorbona, en especial sobre el poder próximo, que segun esta escuela y todas las escuelas católicas, nos dá la gracia suficiente para hacer el bien y evitar el mal. En la segunda carta impug-

na á cara descubierta y de un modo directo esta gracia suficiente, y se mofa de la escuela de los Tomistas, sin embargo de que poco antes había procurado autorizarse con ella. Trata su opinion de extravagante, de ininteligible y contradictoria, y aun aconseja que anuncien á son de trompeta, que por la expresion de gracia suficiente, entiende una gracia que no basta. Supone que son unos hipócritas y corruptores, que por no desacreditarse disfrazan su doctrina en puntos esenciales á la Fé, admitiendo una gracia suficiente dada á todos los hombres, aunque están persuadidos á que semejante gracia es una quimera. La carta tercera es contra la censura, que se publicó entónces de los principios de Arnaldo. En la diez y siete y diez y ocho insiste en la pretendida cuestion de *hecho*, y sostiene que ni Jansenio, ni los Jansenistas enseñaron jamás los errores de las cinco proposiciones, sino la sola doctrina de los Tomistas, olvidándose de que había hablado de ella, como de un absurdo y una extravagancia.

Suelen los grandes hombres ser inferiores en algunas cosas á los entendimientos de un orden comun. Pascál, gran geometra, orador sublime, literato completo, en una palabra, ingenio casi universal y creador en muchas materias, escribia en otros puntos por decirlo así, á salga lo que saliere, y sin hacer gran caso de las reglas de la providad. Sabemos por sus propios cómplices, sabemos por buenos Jansenistas, que no es muy seguro su testimonio, ya sea con respecto á los hechos, que refiere sin haberlos comprobado, y ya en orden á las consecuencias que deduce de ellos, y á las intenciones que atribuye á sus contrarios, pues con fundamentos falsos ó muy inciertos establecía, dicen, unos sistemas que solo existian en su imaginacion. ¿Tenian razon estas gentes para explicarse así? Júzguese por el cargo que le hacen, de que finge errores para impugnar á sus contrarios, ó lo que es lo mismo, que no tenía noticia de sus escritos. Juzguese por lo que asegura en la carta diez y ocho, á saber, que hasta entónces no

se había querido decir cual era el sentido de Jansenio, condenado, segun se pretendia, en las cinco proposiciones; con cuyo motivo soltando la rienda á su talento para la ironía, dá muchas, gracias á un Jesuita, á quien pinta como un fátuo, por haber declarado últimamente, que el sentido de Jansenio era el dogma de Calvino acerca de la necesidad de obrar. Pero este buen Padre, á pesar de la estupidez que se le atribuía, hizo ver en la respuesta que dió á dicha carta diez y ocho, que entre muchas obras que había publicado anteriormente contra Jansenio y sus secuaces no se encontraba ni una sola, en que no hubiese declarado y probado enteramente que su error capital consistia en este dogma. No estaba Pascál mejor informado de muchos escritos importantes de su propio partido. A lo ménos es imposible eximirlo en esta parte de la nota de ignorante, por no mancharlo con la de hombre de mala fé; pues segun la relacion de Saint-Amour y de los demás Jansenistas enviados á Roma, los diputados catolicos reducian al dogma de Calvino, todo el error de Jansenio y de las cinco proposiciones.

La misma ignorancia ó la misma imprudencia se advierte en Pascál acerca de la Bula de Inocencio X, ó de los exámenes, que dieron motivo á su expedicion; pues dice del modo mas positivo, que este Papa mandó examinar precisamente si las cinco proposiciones eran heréticas, y no si ellas eran de Jansenio. Imposura que siempre ha sido confundida en orden á este exámen, y que Alejandro VII sucesor de Inocencio X, en cuyo tiempo había asistido á todas las congregaciones en calidad de examinador, calificó con indignacion de mentira insigne. Nuevo rasgo de mala fé, si es que el nombre de ignorancia no puede conciliarse en ninguna materia con el de Pascál, supuesto que en la carta diez y siete positivamente dijo, que Inocencio X se dejó persuadir de los Jesuitas, que la doctrina de Jansenio era la de las cinco proposiciones. Sin embargo, es constante que entre los trece consul.

tores nombrados por este Pontífice, no había mas que un Jesuita, el cual estuvo tan moderado con respecto á Jansenio, que mereció aplausos á los agentes del partido, y estos procuraron sacar de él grandes ventajas. Consta por una infinidad de pasages del diario de Saint-Amour, que los Jesuitas no tenían valimiento con Inocencio, que nunca contemporizaba con ellos, y para servirnos de la expresion noble de este diarista, que ningun individuo de la Compañía estaba en el Calendario de aquel Papa, ó era santo de su devocion. Tambien asegura Pascál, y hace decir á un Dominicó en la segunda carta, que los Jesuitas habian impugnado la doctrina de los Tomistas desde el principio de la heregia de Lutero, esto es, mas de veinte años ántes que hubiese Jesuitas en el mundo, mas de cuarenta años ántes de la época en que fijan los Dominicos el origen del Molinismo, y cerca de sesenta ántes de los primeros debates de estas dos escuelas. Pero ¿como habia de convenir Pascál con los demás escritores, cuando con toda su exactitud geométrica no pudo convenir consigo mismo acerca de los nuevos dogmas? Sostiene en la carta diez y ocho, que los Jansenistas han desechado siempre la opinion de Calvino sobre la necesidad de pecar; y en la segunda habia dicho en terminos expresos, que los Jansenistas quieren que no haya ninguna gracia suficiente que no sea tambien eficaz; y que quieren que todas las que no determinan efectivamente la voluntad á obrar, sean insuficientes para obrar. Pero no le enseñaba su Teología, que no admitir ninguna gracia suficiente, sino la que obra en efecto, y sostener la necesidad calvinistica de pecar, es una misma cosa, ó que son dos cosas tan inseparables, que el teólogo mas atolondrado, ya sea católico ó herege, no las ha separado jamás. Así se vé que todos los teólogos de su partido, cuando quisieron persuadir que no seguian este dogma escandaloso, no dejaron de admitir una gracia suficiente. ¡Cuántas personas por hallarse instruidas en materias profanas, políticas ó civiles, han creido sa-

berlo todo, y á ejemplo de Pascál han errado lastimosamente en puntos de religion! Mas versado estaba en la moral: por eso en la carta quinta y en las nueve siguientes, en que difama la moral de los Jesuitas y vate en brecha á sus casuistas, empieza propiamente á ser divertido. De aqui vino la prodigiosa aceptacion que lograron las cartas *provinciales*, las cuales excitan muchas veces la admiracion de aquellos mismos que conocen sus defectos. Como la mayor parte de los lectores se cuidan poco de profundizar los hechos, con tal que el autor los divierta, le perdonan todo lo demás. De este caracter eran sin duda alguna Madama de Plessis—Guenegaud y el Abate de Rancé su amigo, quienes contribuyeron, como el que mas, á acreditar aquellas calumnias ingeniosas. Por otra parte este Abate, como es muy comun, se mostraba tanto mas favorable á la moral severa de Pascál, cuanto menos la practicaba entónces. El presidente Perrault, objeto de la mofa del satirico francés, fué tambien uno de los grandes panegiristas de las cartas de que tratamos.

En el paralelo que este académico, tan perniciosamente celebrado, hizo de los antiguos y modernos, decide acerca de estas cartas, que en ellas todo es pureza en el lenguaje, nobleza en los pensamientos, solidez en los discursos, delicadeza en la sátira, y que alli está todo el arte del diálogo. Es necesario conformarnos con un modo de pensar que fué el del público, no menos que el del ignorante apreciador de los antiguos. Es una obra que brilla con todas las bellezas que la corresponden, con gracias, con sales y delicadeza, que excita la admiracion y obliga á dár aplausos, que hace reír á los mismos que son el blanco de sus tiros; en que está pintado todo con una energia y facilidad que hasta entónces no se habian visto: reprehender en esta obra maestra algunas incorrecciones gramaticales, algunas construcciones viciosas ó poco regulares, y buscar en ella la estudiada exatitud de un Padre Bouhours, es lo mismo que juzgar de una cara herme-